

plimiento de la voluntad divina: 'He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra'» (224).

La Virgen de Nazareth ha aceptado el querer de Dios; debido a ello, queda constituida, por obra del Espíritu Santo, en Madre del Verbo, el cual dentro de Ella asume la naturaleza humana. María dice «sí» a Dios. Porque se considera, en virtud de su virginidad consagrada, posesión total de Dios, esposa de Dios, entregada plenamente a Dios. Cuando se denomina «Esclava del señor», no se limita a formular una frase más o menos literaria; su respuesta es la expresión viva que brota espontánea de su nítida conciencia; es la profesión externa de algo que está viviendo desde siempre en lo más íntimo de su ser: la donación total «de su persona al servicio de los designios salvíficos del Altísimo» (225).

A partir de aquí, toda la vida de María es vida de Madre del Salvador, Madre del Mediador; su identificación con Cristo es absoluta. Y, desde el primer instante de la Encarnación, queda constitucionalmente adherida a la función mediadora del que ha querido ser su Hijo, precisamente para eso: para poder ser Mediador entre Dios y los hombres.

Ella ha resultado ser como el «molde» del Mediador. En su seno virginal se fragua la asombrosa unión hipostática de la naturaleza

divina con la humana. La Persona del Verbo, que posee como propias esas dos naturalezas, nace de María en Belén dando así comienzo la vida terrena del Mediador.

Al dar su consentimiento en la Anunciación María une la divinidad con la humanidad; reconcilia al cielo con la tierra; hace compatible la virginidad con la maternidad. Y, a medida que avanza en su peregrinación de la fe, va madurando, dentro de su alma excepcional, en su consciente cooperación a la mediación única de Cristo Jesús. En su alma de Madre va creciendo el amor a todos «aquellos a quienes estaba dirigida la misión de Cristo» (226). Ese crecimiento no cesará hasta que esa Madre, que comparte de modo singular el amor de Dios al hombre, haga su entrada gloriosa junto a su Hijo en los cielos, para desde allí, con su amor materno, cuidar «de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada» (227).

«Canta la Iglesia: 'Feliz culpa, porque ha alcanzado tener tal y tan grande Redentor'. Feliz culpa, podemos añadir también, que nos ha merecido recibir por Madre a Santa María. Ya estamos seguros, ya nada debe preocuparnos; porque Nuestra Señora, coronada Reina de cielos y tierra, es la omnipotencia suplicante delante de Dios. Jesús no puede negar nada a

María, ni tampoco a nosotros, hijos de su misma Madre» (228).

(222) Lc. 1, 38.

(223) Jn. 1, 14.

(224) Josemaría Escrivá de Balaguer, «Es Cristo que pasa», n° 173.

(225) «Redemptoris Mater», n° 39.

(226) Ibidem.

(227) Conc. Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia, n.° 62.

(228) Josemaría Escrivá de Balaguer, «Amigos de Dios», n° 288.

ESPERANZA NUESTRA

«Era no sólo la que avanzó en la peregrinación de la fe y guardó fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz, sino también la 'esclava del Señor', entregada por su Hijo como Madre a la Iglesia naciente... La cooperación de María participa, por su carácter subordinado, de la universalidad de la mediación del Redentor, único mediador...»

(«Redemptoris Mater», n° 40).

Cuando Jesús, desde la Cruz, dijo a Juan: «He ahí a tu Madre», quedó establecida una relación especial entre María como Madre y la Iglesia. Esta nacía como fruto de la Cruz y de la Resurrección de Cristo. Naturalmente, María, cuya razón de vivir era entregarse a la obra redentora de su Hijo, no puede quedar al mar-

gen de la Iglesia. Por eso, desde el primer momento, no puede menos de mirarla con ojos y corazón de Madre. Y, después de subir Jesús al cielo, su maternidad se acentúa y continúa pendiente de la obra de su Hijo, es decir, de la Iglesia, ejerciendo para con ella una mediación peculiar de Madre. Así, «intercediendo por todos sus hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo» (229).

Lo que constituye un motivo de fundada alegría y de gozosa esperanza es descubrir que María sigue actuando como Madre. No sólo porque protege y defiende en la adversidad, ni sólo por ser modelo y espejo de conducta. Sino, sobre todo, porque con su perdurable intercesión trata de hacer eficaz, a través de la Iglesia, el esfuerzo redentor de su Hijo. Con esa intercesión suya, la mediación única y universal de Cristo encuentra una circunstancia que posibilita una mayor eficacia.

«Todo esto nos induce a vivir la maternidad de María sobre la Iglesia, no como un aval a nuestra falta de compromiso para con el mundo y la historia, generador de un cierto infantilismo espiritual y de ingenuidad virginal, sino como una llamada a ejercer responsablemente la libertad cristiana y a discernir los signos de los tiempos no dejando esta tarea en manos de una madre superprotectora. No es así como María vivió su fe. E igualmente la

Iglesia no debe esperar la solución de sus conflictos en singulares manifestaciones y revelaciones marianas, cuando sabe que la única revelación divina está ya en el seno de la Iglesia y es la que cada cristiano debe desentrañar responsablemente... La maternidad de María no se ejerce dando paso a las curiosidades de la razón humana, ni desvelando a sus hijos problemas de la historia y de la libertad, sino abriendo el corazón de la fe. Su maternidad no puede convertirse en un paliativo del ejercicio de la libre responsabilidad y de la capacidad de la razón humana, ni menos en un subterfugio para rehuir las comprometedoras opciones que todo cristiano ha de afrontar en su vida» (230).

El Espíritu Santo quiso que en el Evangelio de San Juan quedara constancia de la vocación de María como Madre intercesora. Cuando Jesús da comienzo a su ministerio público para cambiar el mundo, la intercesión de María en la boda de Caná consigue de Él aquel primer milagro en una escena que viene a ser un esquema-síntesis de toda la economía redentora: Cristo ha de cambiar el mundo, como cambió el agua en vino; y lo hará, lo mismo que entonces, a instancias de María.

La Madre de Jesús sigue observando con mirada solícita de amor materno el desarrollo de las bodas de Cristo con su Iglesia; y está pendiente «de los hermanos de su Hijo, que to-

avía peregrinan y se hallan en peligro» (231). Y sale al paso, como lo hizo en Caná de Galilea, de las situaciones críticas de los redimidos a lo largo de la historia, tanto de los pueblos como de los individuos.

«Lo interesante fue que María notara la falta del vino cuando no habían llegado a advertirlo ni el mayordomo ni, por supuesto, los novios. No me importa saber cómo lo supo... Lo cierto es que supo la falta antes de que lo supiera quien tenía el cargo de velar para que nada faltase en la boda. Y es cierto que se preocupó. ¡Y de manera bien eficiente!» (232).

La Iglesia es consciente de este quehacer de María; por eso, la invoca con nombres apropiados a esa función y con advocaciones que hacen referencia a su condición de intercesora. Y el «sensus fidei» por el cual el Espíritu Santo impulsa la devoción práctica de los fieles en sus relaciones con María, utiliza en sus plegarias fórmulas de petición que apoyan toda su fuerza impetratoria en la eficacia de la intercesión maternal de María.

(229) «Redemptoris Mater», n.º 40.

(230) Antonio Osuna Fernández-Largo, O.P. «El misterio de María y la eclesiología de comunión», Ponencia I Simposio de Teología y Evangelización (León), vol. «La figura de María», Edit. San Esteban, Salamanca, 1985, pg. 116.

(231) Conc. Vaticano II, loc. cit.

(232) Salvador Muñoz Iglesias, «Jesús está aquí», Ediciones Palabra, Madrid, 1979, pg. 90.

MADRE ASUNTA AL CIELO

«María, por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye de manera especial a la unión de la Iglesia peregrina en la tierra con la realidad escatológica y celestial de la comunión de los santos, habiendo sido ya 'asunta a los cielos'...».

(«Redemptoris Mater», n.º 41).

El 1 de noviembre de 1950, el Sumo Pontífice Pío XII, ante la espectación jubilosa de toda la Iglesia declaraba dogma de fe, incluido en el depósito de verdades reveladas por Dios y proclamadas como tales por el Magisterio solemne de la Iglesia, el misterio de la Asunción gloriosa de María en cuerpo y alma al cielo. Las palabras definitivas con las que el Papa proclamaba esta verdad dogmática fue-

ron las siguientes: «Por eso, después que una y otra vez hemos elevado a Dios nuestras preces suplicantes e invocado la luz del Espíritu de Verdad, para gloria de Dios omnipotente que otorgó su particular benevolencia a la Virgen María, para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte, para aumento de la gloria de la misma augusta Madre, y gozo y regocijo de toda la Iglesia, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y nuestra, proclamamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado: Que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial. Por eso, si alguno, lo que Dios no permita, se atreviese a negar o voluntariamente poner en duda lo que por Nos ha sido definido, sepa que se ha apartado totalmente de la fe divina y católica» (233).

También lo ha ratificado el Concilio Vaticano II (234) y es algo que toda la tradición de la Iglesia venía ya profesando «en el decurso de los siglos» (235). Lo que interesa subrayar aquí, ahora, al reflexionar sobre la referencia de la encíclica «Redemptoris Mater» a este misterio, es que debemos descubrir en él la culminación en María de los efectos redentores de la mediación única de Jesucristo. Compro-

bamos así, cómo María se encuentra íntimamente unida a su Hijo hasta compartir con Él su triunfo definitivo. Más todavía: ahora, desde el cielo, se mantiene a la expectativa de la postrera venida de su Hijo, como consecuencia precisamente de su incondicional y constante cooperación con Él.

Dado que la vida y la experiencia de María son como un anticipo de lo que ha de suceder con la Iglesia, y siendo Ella el más privilegiado miembro de la misma, es lógico que la que ya fue glorificada como Reina Universal tenga sumo interés en que los demás miembros de la Iglesia no sucumban en su peregrinación de la fe. Por eso, recurrimos habitualmente a Ella pidiendo con insistencia: «ruega por nosotros, pecadores» (Ave María); o diciendo: «a ti clamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas; vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y, después de este destierro, muéstranos a Jesús...» (Salve); o también: «Ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse» (Alma Redemptoris Mater); o con otras palabras: «Libranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita» (Sub tuum paesidium).

Lo que es indudable es que quienes estamos todavía en peligro en este azaroso peregrinar terreno encontramos en la gloria asombro-

sa de María un fuerte aliciente para el esfuerzo, una eficaz ayuda frente a la dificultad y una plena garantía de que no quedará frustrada nuestra esperanza.

Con la liturgia de la solemnidad de la Asunción la decimos: «Albricias, Señora, / que ha llegado el logro / de vuestra esperanza. / Para que seamos / dignos de tu casa, / hágase en nosotros / también su palabra» (236).

(233) E. Denzinger, «El Magisterio de la Iglesia», Editorial Herder, 1963, Barcelona, n.º 2333.

(234) Constitución Dogmática sobre la Iglesia, n.º 59.

(235) Pío XII, Bula «Munificentissimus Deus», Dz. 2332.

(236) Liturgia de las Horas, Vísperas de la Asunción.

GLORIFICADA COMO REINA

«La Madre de Dios es tipo de la Iglesia, a saber: en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo».

(«Redemptoris Mater», n.º 42).

María es el espejo en el que debe mirarse la Iglesia de Jesucristo. La Iglesia está llamada a reproducir, con la máxima perfección posible, el modelo de actitud de vida que vemos encarnado en esa maravilla de criatura que es María. El Concilio Vaticano II describe la presencia de María en la Iglesia como su «tipo y figura». El Relator del texto en el aula conciliar presentó así los números del 63 al 65 de la Constitución «Lumen Gentium»: «Aquí María es propuesta como tipo de la Iglesia y también como ejemplar de las virtudes, no sólo para ser

admirada, sino también para ser imitada» (237).

En el orden de la fe, María se mueve permanentemente al encuentro de la voluntad divina, mereciendo el elogio que proclamó Isabel: «¡Feliz la que ha creído!»). Su actitud de fe se hace presente en todas las generaciones de la Iglesia peregrina que no cesa de ver en Ella el más acabado y perfecto modelo de una esperanza que no defrauda.

En el orden de la caridad, demostró su amor en la plena donación de su persona al Señor. Porque eso fue fundamentalmente su virginidad: una consagración total; una disponibilidad absoluta; un vaciamiento de proyectos personales, para declararse total posesión de Dios. Tal actitud es la que se repite en la Iglesia con tantas vidas consagradas plenamente en la gozosa y sublime experiencia de entregarse del todo por servir a Dios y a las almas; entregar la vida, quemar el personal proyecto de futuro para ponerlo todo a disposición de la Iglesia; y todo eso, fiándose exclusivamente de lo que se les ha dicho de parte de Dios.

En cuanto a la perfecta unión con Cristo, María se manifiesta siempre —expresa o tácitamente— como la «esclava del Señor», manteniendo inquebrantablemente una fidelidad perfecta a la persona y a la misión de su Hijo Jesús, en quien siempre ve al 'Dios que salva'.

Esa es la actitud que intenta reproducir en sí misma la verdadera Iglesia. Aquí podemos descubrir una razón poderosísima para comprender mejor el culto especialísimo que la Iglesia rinde a María de Nazaret. María y la Iglesia están tan estrechamente vinculadas que su trayectoria itinerante viene a ser idéntica.

«Como Virgen y Madre, María es para la Iglesia un 'modelo perenne'... También la Iglesia es llamada madre y virgen...» (238). «Podríamos decir que el 'parecido' que la Iglesia tiene o puede tener con María lo tiene en función de su filiación por la fe de María. Pondríamos así un nexo entre María tipo de la Iglesia y María Madre de la Iglesia» (239). Tanto mejor cumplirá la Iglesia su misión de madre cuanto más plenamente viva su actitud de virgen; es decir, cuanto mejor reproduzca su plena disponibilidad como 'esclava del Señor', al estilo de María su acabado modelo. María fue imprescindible, por voluntad divina, en el misterio de Cristo. De ahí que también resulte imprescindible en el misterio de la Iglesia.

«Para comprender el papel que María desempeña en la vida cristiana, para sentirnos atraídos hacia Ella, para buscar su amable compañía con filial afecto, no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de conte-

nido sobre el que nunca reflexionaremos bastante.

«La fe católica ha sabido reconocer en María un signo privilegiado del amor de Dios: Dios nos llama ya ahora sus amigos, su gracia obra en nosotros, nos regenera del pecado, nos da las fuerzas para que, entre las debilidades propias de quien aún es polvo y miseria, podamos reflejar de algún modo el rostro de Cristo. No somos sólo náufragos a los que Dios ha prometido salvar, sino que esa salvación obra ya en nosotros. Nuestro trato con Dios no es el de un ciego que ansía la luz, pero que gime entre las angustias de la oscuridad, sino el de un hijo que se sabe amado por su Padre.

«De esta cordialidad, de esta confianza, de esa seguridad, nos habla María...» (240).

(237) *Textus emendatus cap. VIII... et Relationes*. Typis Polyglotis Vaticanis, 1964-7.

(238) «*Redemptoris Mater*», n.º 42.

(239) Antonio Osuna, O.P. ob. cit. pg. 119.

(240) Josémaría Escrivá de Balaguer, «*Es Cristo que pasa*», n.º 42.

MADRE DE MISERICORDIA

«La Iglesia se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad».

(«Redemptoris Mater», n.º 43).

Uno de los títulos más populares de la Iglesia es, precisamente, el de «madre». Solemos referirnos con frecuencia a la Santa «Madre» Iglesia. El Papa Juan Pablo II, en esta encíclica mariana, nos ayuda a profundizar en el rico contenido de esta bella expresión. Con su reflexión nos descubre el fundamento teológico de esta maternidad de la Iglesia.

María fue la primera en creer «acogiendo la palabra de Dios que le fue revelada en la Anunciación» (241). Cuando Isabel reacciona ante la visita de María proclamándola bienaventurada lo hace reconociendo que todo parte de aquí. «El asombro de Isabel es una confesión de la Maternidad divina de María fruto de su fe, por eso la proclama: '¡Bienaventurada tú porque has creído!'. Esta afirmación hay que tomarla con toda seriedad y hay que gustarla en la intimidad de la oración. Isabel nos descubre que el puesto que María ocupa en la historia de la fe y de la gracia ha sido el fruto de la acogida de la palabra de Dios y de la entrega a su realización.

«Como Abraham, María, por su fe, entra como colaboradora de Dios en la historia de la salvación. Una fe que es, sobre todo, acogida del Misterio, adhesión a lo que Dios le propone. María no comprende el alcance de su entrega, pero arriesga su vida en manos de Aquel en quien confía... En María la fe de Israel toca a su meta más alta. Por esa fe y esperanza el Hijo de Dios no sólo nace en la humanidad, sino de la humanidad por la acción del Espíritu» (242).

Así llegó María a ser Madre de Dios: poniéndose a plena disposición suya: —«Hágase en mí según tu palabra»—. Del mismo modo, escribe el Papa, «la Iglesia llega a ser madre

cuando, acogiendo con fidelidad la palabra de Dios, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios» (243).

A pesar de la popularidad de esta característica peculiar de la Iglesia, que es su condición maternal, no parece estar muy arraigada en nuestra actitud habitual respecto a ella. Más bien puede afirmarse que en un sector desgraciadamente amplio de sus miembros no brilla demasiado el afecto filial hacia la Iglesia. Por ello, se hace necesario recordar que no hubiésemos recibido la fe en Cristo si no nos la hubiera entregado o transmitido la Iglesia; que si podemos disfrutar del Evangelio de Jesucristo es porque lo hemos recibido de la Iglesia. Es cierto que, a poco que observemos, experimentamos con dolor cómo esta Iglesia está compuesta no por ángeles sino por hombres, cuya conducta desdice, a veces, de la santidad que les debiera ser propia. Ello nos obliga a ejercitar más todavía nuestra fe. Pero nuestra madurez debe superar esa prueba.

Juan Pablo II, en su primer viaje a España, recordaba que la Iglesia, santa en su Fundador, medios y doctrina, está formada por hombres pecadores. Y nos exhortaba a «contribuir positivamente a mejorar la Iglesia, a ayudarla hacia una fidelidad en renovación constante, y

eso no se logra con críticas corrosivas» (244).

Es importante advertir que la Iglesia aprende de María la propia maternidad. También ella engendra hijos por medio de la gracia dándoles una vida nueva en Cristo. «La Iglesia ha sido constituida por Cristo, y no podemos pretender hacerla según nuestros criterios personales. Tiene por voluntad de su Fundador una guía formada por el Sucesor de Pedro y de los Apóstoles: ello implica, por fidelidad a Cristo, fidelidad al Magisterio de la Iglesia. Ella es Madre, en la que renacemos a la vida nueva en Dios; una madre debe ser amada» (245). Y, a su vez, es también como María, virgen fiel «que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo» (246).

Nos debe ilusionar la pertenencia a la Iglesia y debe entusiasmarnos el sabernos hijos suyos. Como le ocurría habitualmente al siervo de Dios Josémaría Escrivá de Balaguer que nunca pudo ni quiso ocultar su amor apasionado a la Santa Iglesia. En sus numerosos escritos pueden encontrarse abundantes testimonios de ello: «En la Santa Iglesia –dice en uno de tantos– los católicos encontramos nuestra fe, nuestras normas de conducta, nuestra oración, el sentido de la fraternidad, la comunión de todos los hermanos... Es la Iglesia que permanece aquí y, al mismo tiempo, trasciende la historia. La Iglesia que nació bajo el manto de

Santa María, y continúa –en la tierra y en el cielo– alabándola como Madre» (247).

(241) «Redemptoris Mater», n.º 43.

(242) Ana María López, «María primera creyente», Comunicación al I Simposio de Teología y Evangelización, La figura de María, ob. cit., pg. 208, s.

(243) «Redemptoris Mater», n.º 43.

(244) Homilía en el Nou Camp, en Barcelona, el 7 nov. 1982. Cfr. Mensaje de Juan Pablo II a España, BAC, de Madrid, 1982, pg. 207.

(245) Ibidem.

(246) «Redemptoris Mater», n.º 43.

(247) Josemaría Escrivá de Balaguer, Homilía «El fin sobrenatural de la Iglesia». Folletos Mundo Cristiano, n.º 160, pgs. 6-7.

NUEVA EVA

«María está presente en el misterio de la Iglesia como modelo. Pero el misterio de la Iglesia consiste también en el hecho de engendrar a los hombres a una vida nueva e inmortal: es su maternidad en el Espíritu Santo. Y aquí María no sólo es modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más. Pues con materno amor coopera a la generación y educación de los hijos e hijas de la madre Iglesia...».

(«Redemptoris Mater», n.º 44).

Estas expresiones de la encíclica mariana de Juan Pablo II hacen referencia a uno de los aspectos más novedosos de la eclesiología del postconcilio. Dejemos el estudio técnico a los

teólogos. Nosotros vamos a intentar el paladeo de las afirmaciones del Papa.

Hemos hecho ya reiteradas referencias a María como «modelo» de la Iglesia. Al hablar de la «Madre Iglesia», el Papa nos descubre un filón más: La Iglesia llega a tener hijos e hijas porque desde ella María coopera directamente a su generación «con materno amor». Es una expresión que ya había utilizado el Concilio Vaticano II (248) y que ahora desea poner de relieve Juan Pablo II. En este quehacer eclesial que da origen a la vida sobrenatural de los bautizados, se pone en ejercicio la maternidad espiritual de María proclamada por el Redentor del mundo en el momento cumbre del misterio pascual: «He ahí a tu hijo» (249). El proceso generativo es descrito minuciosamente por la exposición doctrinal de la encíclica: Se trata de una maternidad en el orden de la gracia; sobrenatural, eminentemente espiritual; María implora el don del Espíritu Santo, imprescindible para el nacimiento a la fe y que Ella misma recibió, junto con la Iglesia de la que es la porción más noble, el día de Pentecostés. Así nacen, bañados de Espíritu Santo y alumbrados por la oración de María, todos los nuevos hijos de Dios en la Iglesia.

¿Podemos afirmar que la maternidad de María y la de la Iglesia se identifican? Hasta cierto punto, sí. Los hijos de la Iglesia, el pue-

blo cristiano, experimentan su condición de hijos en la celebración de la Eucaristía: Tras escuchar la palabra del Padre-Dios, se ven reunidos en torno a Cristo-Cabeza, que se hace presente por el ministerio del sacerdote, con su verdadero Cuerpo nacido de María. En ese momento, que rememora el misterio de la Redención, el pueblo cristiano es (debe ser) un cuerpo consciente de su unidad, de su dignidad, de su fuerza, de su filiación divina y mariana y eclesial. Como hijos de Dios, rezan al unísono la misma plegaria dirigida al Padre común; como hijos de María, se ven íntimamente unidos en la Carne de Cristo alumbrada por Ella en Belén y que es compartida de modo pleno en la comunión; como hijos de la Iglesia, se reconcilian con gesto de paz, comparten el banquete sacrificial y proclaman la Muerte y Resurrección del Señor «hasta que vuelva» (250).

De aquí que el Papa aproveche la oportunidad para hacer notar cómo el culto a la Eucaristía y una madura devoción mariana están siempre entrelazadas. Este aspecto puede servir como criterio de discernimiento a la hora de diagnosticar la autenticidad de una y otra devoción: el culto a la Eucaristía no puede menospreciar la devoción a la Santísima Virgen; y a su vez, esta devoción a María tiene que verse complementada con un recio aprecio al miste-

rio eucarístico en su triple dimensión de sacrificio (misa), presencia real (sagrario) y banquete sacrificial (comunión). Por eso, el Papa concluye esta consideración diciendo:

«Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos incluso los juveniles, en la pastoral de los Santuarios marianos. María guía a los fieles a la Eucaristía» (251).

(248) Constitución Dogmática sobre la Iglesia, n.º 63.

(249) Jn. 19, 26.

(250) I Cor. 11, 26.

(251) «Redemptoris Mater», n.º 44.

MADRE DOLOROSA

«La maternidad de María... es un don: un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre. El Redentor confía María a Juan en la medida en que confía Juan a María. A los pies de la Cruz comienza aquella especial entrega del hombre a la Madre de Cristo, que en la historia de la Iglesia se ha ejercido y expresado posteriormente de modos diversos».

(«Redemptoris Mater», n.º 45).

Cristo moribundo, desde la Cruz, nos hace el gran regalo de María, como Madre. Comenta un teólogo contemporáneo: «La última palabra de Jesús a su Madre... nos revela el lugar de María en la economía divina... María es la 'mujer' tal como Dios, en su sabiduría, ha que-

rado rehacerla... Es el prototipo de la Iglesia, la que ha sido formada por el nuevo Adán... Y como este nuevo Adán, en la Cruz, rescata a la humanidad, engendra la Iglesia, María se convierte por el hecho mismo en la Madre de esta Iglesia, de todos los miembros de Cristo... Esta palabra le pide que mire a Juan como su hijo, que lo adopte como Jesús crucificado lo adopta. Esta palabra le permite penetrar más profundamente en el Corazón de Jesús, comprender... la nueva alianza en la sangre entre Jesús y Juan, comprender de qué modo Juan lo recibe todo de Él... y que en Él está toda la Iglesia que contempla Cristo y que pide a su Madre que ame con Él» (252).

Cada hombre recibe en herencia este don de la maternidad mariana. En la Anunciación, María se convierte en Madre del Cristo-Dios; porque, por su consentimiento, el Verbo se hace carne y es concebido con inmenso gozo en Ella; en la Cruz, la palabra de Cristo se convierte en otra anunciación, aunque esta vez dolorosa, y el Cristo total –Jesús y su Iglesia– toma posesión del Corazón de María. Porque, tras esa palabra, Ella concibe de manera divina y real a toda la Iglesia en el sufrimiento; concibe a cada uno de nosotros representados en Juan.

María, junto a Jesús agonizante, está dando a luz el nuevo Reino que no tendrá fin. Los

apóstoles habían de empezar a trabajar en la obra de Jesús, en su Iglesia, después de la Ascensión y pasado Pentecostés. «En esto consiste la diferencia enorme y esencial entre María y los demás hombres, aún los mayores santos. María quiso sufrir y padecer a una con su Hijo antes y durante la muerte del mismo; por tanto, antes y durante la fundación de la Iglesia, que se hizo precisamente por medio de aquella muerte, a fin de que se extendiera el Reino de Dios sobre la tierra. No padeció y ofreció sólo después de la consumación del Reino de Dios, que es la Iglesia, y dentro de él y para él: no, durante su nacimiento mismo, con voluntad propia, libremente, ofreció y sufrió a una con Jesús. Por eso, sus relaciones con la Iglesia hubieron de ser como las de una madre con sus hijos, a los que ha dado la vida en medio de dolores» (253).

Todos nosotros tenemos que responder como Juan. Mirando a María con ojos nuevos; llevándola también —como lo hizo Juan— a nuestra casa; es decir, metiéndola totalmente en nuestra vida; viendo en Ella una verdadera Madre; y entregándonos a Ella como verdaderos hijos. «Todo esto se encierra en la palabra 'entrega'», escribe el Papa (254).

¿No es ésta la razón que urge la necesidad de nuestra diaria consagración a María?: «Señora y Madre mía: yo me entrego enteramente

a Vos; y, en prueba de mi filial afecto, os consagro mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón; en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, Madre de bondad, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra».

Juan Pablo II incluye esta entrega a María como presupuesto indispensable para la transformación del mundo. De ahí que expresamente aluda a ello en la oración que compuso para ser recitada durante el Año Mariano. Dice así: «... A ti, Madre de los hombres y de las naciones, con confianza entregamos la humanidad entera con sus temores y esperanzas. No dejes que le falte la luz de la verdadera sabiduría. Guíala en la búsqueda de la libertad y de la justicia para todos. Dirige sus pasos por las vías de la paz. Haz que todos encuentren a Cristo, camino, verdad y vida...» (255).

(252) M. D. Philippe, O.P., ob. cit., pg. 291.

(253) Francisco M. William, «Vida de María», Edit. Herder, Barcelona, 1946, pg. 338.

(254) «Redemptoris Mater», n.º 45.

(255) Oración para el Año Santo Mariano. Cfr. Apéndice I.

BENDITA ENTRE LAS MUJERES

«Se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad, y para llevar a cabo su verdadera promoción...».

(«Redemptoris Mater», n.º 46).

Un detalle que el mundo femenino tiene que agradecer en la encíclica mariana de Juan Pablo II es la expresa referencia a su dignidad, atendiendo a la relación singular de la feminidad con la Madre del Redentor.

El Papa recuerda que en la Encarnación del Verbo, Dios «se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer» (256). De ahí deduce que mirar a María es un recurso válido para promocionar a la mujer. Y en esta línea aporta un párrafo antológico en el que adelanta todo

un esquema del contenido que debe implicar una verdadera promoción femenina:

«A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo» (257).

¡Magnífica síntesis de los componentes que ha de tener una exquisita feminidad! Texto brillante que manifiesta la falsedad de los argumentos de quienes acusan al Papa y a la Iglesia de antifeministas.

Efectivamente, nos hace mucha falta la presencia, la belleza, el ejemplo y la ayuda de María, la mujer más admirada y querida de la historia; la que más corazones enamoró en el transcurso de los dos mil años que la vienen conociendo. Ella es la mejor escuela de amor. Ella es la que, en todas las latitudes, en todas las lenguas, en cualquier circunstancia histórica, por amantes de toda edad, sexo y condición, ha sido, es y seguirá siendo aclamada, con expresión promulgada por un ángel, como la «bendita entre todas las mujeres» (258).

Nos enamora esta mujer, auténticamente

preciosa por ser la más digna, ya que es la «llena de gracia»; la más libre, por ser la más limpia; la más recordada, por ser la más bella; la más soñada y seguida por los corazones más nobles que pasan por la tierra...

Con la mirada puesta en María, se comprende mejor el talante que debe acompañar una digna promoción de la mujer. Hace años, en entrevista periodística, se le preguntaba al Fundador del Opus Dei sobre la evolución de la presencia de la mujer en la vida social, más allá del ámbito familiar; he aquí su interesante contestación:

«—En primer término, me parece oportuno no contraponer esos dos ámbitos... Lo mismo que en la vida del hombre, pero con matices muy peculiares, el hogar y la familia ocuparán siempre un puesto central en la vida de la mujer: es evidente que la dedicación a las tareas familiares supone una gran función humana y cristiana. Sin embargo, esto no excluye la posibilidad de ocuparse en otras labores profesionales —la del hogar también lo es— en cualquiera de los oficios y empleos nobles que hay en la sociedad en que vive...

»Tampoco en el plano personal se puede afirmar unilateralmente que la mujer haya de alcanzar su perfección sólo fuera del hogar: como si el tiempo dedicado a su familia fuese un tiempo robado al desarrollo y a la madurez

de su personalidad. El hogar –cualquiera que sea, porque también la mujer soltera ha de tener un hogar– es un ámbito particularmente propicio para el crecimiento de la personalidad. La atención prestada a su familia será siempre para la mujer su mayor dignidad: en el cuidado de su marido y de sus hijos o, para hablar en términos más generales, en su trabajo por crear en torno suyo un ambiente acogedor y formativo, la mujer cumple lo más insustituible de su misión, y, en consecuencia, puede alcanzar ahí su perfección personal.

»... La mujer está llamada a llevar a la familia, a la sociedad civil, a la Iglesia, algo característico que le es propio y que sólo ella puede dar: su delicada ternura, su generosidad incansable, su amor por lo concreto, su agudeza de ingenio, su capacidad de intuición, su piedad profunda y sencilla, su tenacidad... La femineidad no es auténtica si no advierte la hermosura de esa aportación insustituible, y no la incorpora a la propia vida.

»Para cumplir esa misión, la mujer ha de desarrollar su propia personalidad, sin dejarse llevar de un ingenuo espíritu de imitación...» (259).

Pido disculpas por la extensa cita; pero aconsejo la totalidad de esta maravillosa entrevista que recoge una visión completísima sobre la promoción de la mujer en la vida del mundo

y de la Iglesia. No me resigno a cerrar este comentario sin transcribir las palabras que, como broche de oro, culminan las más de veinte páginas de tan rico diálogo periodístico: «Lo principal es, pues, que, como Santa María –mujer, Virgen y Madre– vivan de cara a Dios, propiciando ese 'hágase en mí según tu palabra' del que depende la fidelidad a la personal vocación, única e intransferible en cada caso, que nos hará ser cooperadores de la obra de salvación que Dios realiza en nosotros y en el mundo entero» (260).

(256) «Redemptoris Mater», n.º 46.

(257) Ibidem.

(258) Lc. 1, 28.

(259) Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer, Ediciones Rialp, S.A. Madrid 1968, pg. 127 ss.

(260) Ibidem, pg. 169.

VESTIDA DE SOL

«La Iglesia, a lo largo de toda su vida, mantiene con la Madre de Dios un vínculo que comprende, en el misterio salvífico, el pasado, el presente y el futuro, y la venera como madre espiritual de la humanidad y abogada de gracia».

(«Redemptoris Mater», n.º 47).

La Iglesia no puede vivir sin María. Esta mujer no es sólo, con ser mucho, la «bendita entre todas» ni sólo la «llena de gracia». Es en realidad la que proporciona la vida a todo el pueblo de Dios, tanto a los fieles como a los pastores. La bendición con que Dios la inunda, no solo la reviste de santidad y de gracia, sino

que la constituye (tal vez parezca osadía decirlo) «con-causa», inexorablemente vinculada a Jesucristo, de toda vida sobrenatural.

Cuando el Papa Pablo VI , al clausurar la tercera etapa del Concilio Vaticano II, proclamó a María «Madre de la Iglesia», y, cuatro años más tarde, incluyó este título de María en el «Credo del Pueblo de Dios» dejó bien claro que, tanto fieles como pastores, formamos parte de la Iglesia gracias a la cooperación de María. Cooperación no circunstancial o coyuntural; sino expresamente querida por Dios en virtud de una «misión maternal para con los miembros de Cristo» (261). Tal misión, peculiar y singular, la ejerce permanentemente María Santísima «cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos» (262).

«La salvación de los hombres ha sido decretada por Dios constituyendo un pueblo: 'Dios decretó salvar a los hombres, no individualmente y aislados entre sí, sino constituyendo un pueblo...' (263). Y esto mismo se recuerda también al describir el misterio de María en el texto conciliar, que se abre con esta afirmación: 'el benignísimo y sapientísimo Dios, al querer llevar a término la redención del mundo... envió a su Hijo hecho de mujer' (264). Con razón, por tanto, escribía en otra ocasión Pablo VI que 'María y la Iglesia son

realidades esencialmente insertas en el designio de salvación'» (265).

Es decir, María ocupa en la Iglesia no sólo un lugar eminente o relevante por lo que tiene de modelo y reflejo exacto de la santidad de Cristo; sino que ocupa un lugar único e insustituible como propinadora de vida a todo miembro de la Iglesia. Bien podemos afirmar que, si en cada bautismo el neófito puede oír dirigidas a él las palabras del Padre en el bautismo de Jesús: «Tú eres mi Hijo amado; en ti me complaco» (266), ello ocurre porque, a la vez, María escucha la voz de Cristo que dice: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (267).

Es importante captar esta enseñanza de Juan Pablo II: María está en la Iglesia no sólo como Madre de Cristo; sino que también está «como aquella Madre que Cristo ha dado al hombre en la persona del apóstol Juan» (268). Y esa presencia de María no es de mera representación o como un título honorífico que afecta globalmente a toda la Iglesia; es intervención singular, que forma parte del misterio redentor, por la cual «María acoge con su nueva maternidad en el Espíritu a todos y a cada uno 'en la' Iglesia y 'por medio' de la Iglesia» (269).

Volvemos, pues, a contemplar como identificadas a María y a la Iglesia. Una y otra está tipificada en la misteriosa «mujer» del Génesis

–luchadora contra el poder de las tinieblas– y también en la victoriosa mujer «vestida de sol» (270), garantía de triunfo definitivo compartido con Cristo.

«Somos aún peregrinos, pero Nuestra Madre nos ha precedido y nos señala ya el término del sendero: nos repite que es posible llegar y que, si somos fieles, llegaremos. Porque la Santísima Virgen no sólo es nuestro ejemplo: es auxilio de los cristianos. Y ante nuestra petición –Monstra te esse Matrem– (271), no sabe ni quiere negarse a cuidar de sus hijos con solicitud maternal» (272).

(261) «Redemptoris Mater», n.º 47.

(262) Ibidem.

(263) Lumen Gentium, 9.

(264) Ibidem, 52.

(265) Antonio Osuna, O.P., Ob. cit., pg. 109.

(266) Lc. 3, 22.

(267) Jn. 19, 26.

(268) «Redemptoris Mater», n.º 47.

(269) Ibidem.

(270) Apc. 12, 1.

(271) Himno litúrgico «Ave maris stella».

(272) Josémaría Escrivá de Balaguer, «Es Cristo que pasa», n.º 177.

EPILOGO

Como recapitulación de todo lo dicho en este pequeño trabajo, me parece oportunísima la transcripción de una pieza litúrgica de valor inapreciable por su exhaustivo contenido mariológico: se trata del prefacio que el Misal Romano propone para la misa votiva de la Santísima Virgen María Madre de la Iglesia.

«En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre Santo,
Dios todopoderoso y eterno,
y alabarte debidamente
en esta celebración en honor de la Virgen
[María.

Ella, al aceptar tu palabra con limpio corazón,
mereció concebirla en su seno virginal,
y al dar a luz a su Hijo
preparó el nacimiento de la Iglesia.

Ella, al recibir junto a la cruz
el testamento de tu amor divino,
tomó como hijos a todos los hombres,
nacidos a la vida sobrenatural
por la muerte de Cristo.

Ella, en la espera pentecostal del Espíritu,
al unir sus oraciones a las de los discípulos,
se convirtió en el modelo
de la Iglesia suplicante.

Desde su ascensión a los cielos,
acompaña con amor materno
a la Iglesia peregrina,
y protege sus pasos
hacia la patria celeste,
hasta la venida gloriosa del Señor.

Por eso, con todos los ángeles y santos,
te alabamos sin cesar...» (273).

(273) Misal Romano, Libro de altar, pgs. 906 y ss.

APENDICE I

ORACION PARA EL AÑO MARIANO

Madre del Redentor,
en este año a ti dedicado,
exultantes te proclamamos bienaventurada.

Dios Padre te ha elegido
antes de la creación del mundo
para actuar su providencial plan de salvación.
Tú has creído en su amor y obedecido a su pa-
[labra.

El Hijo de Dios te ha querido
como Madre suya
cuando se hizo hombre para salvar al hombre.
Tú lo has acogido
con pronta obediencia y corazón indiviso.

El Espíritu Santo te ha amado
como su mística Esposa

y te ha colmado de dones singulares.
Te has dejado plasmar dócilmente
por su acción escondida y poderosa.

En la vigilia del tercer milenio cristiano,
a ti confiamos la Iglesia,
que te reconoce y te invoca como Madre.
Tú que sobre la tierra la has precedido
en la peregrinación de la fe,
confórtala en la dificultad y las pruebas,
y haz que en el mundo sea siempre más eficaz-
[mente
signo e instrumento de la íntima unión con
[Dios
y de la unidad de todo el género humano.

A ti, Madre de los cristianos,
confiamos de modo especial los pueblos
que celebran en el curso de este Año Mariano
el sexto centenario o el milenio
de su adhesión al Evangelio.
Su larga historia está profundamente marcada
por la devoción hacia ti.
Dirige a ellos tu mirada amorosa,
da fuerzas a cuantos sufren por la fe.

A ti, Madre de los hombres y de las naciones,
con confianza entregamos la humanidad ente-
[ra
con sus temores y esperanzas.

No dejes que le falte la luz de la verdadera sa-
[biduría.

Guíala en la búsqueda de la libertad
y de la justicia para todos.

Dirige sus pasos por las vías de la paz.

Haz que todos encuentren a Cristo,
camino, verdad y vida.

Sostén, ¡Oh Virgen María! nuestro camino de
[la fe

y consíguenos la gracia de la eterna salvación.

¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Madre de
[Dios

y Madre nuestra, María!

APENDICE II

Advocaciones de la Virgen sacadas del texto de la encíclica «Redemptoris Mater». (El número que lleva cada una corresponde al párrafo de la carta donde puede comprobarse).

Hija predilecta del Padre (9)

Madre del Verbo encarnado (11)

Madre de Dios Hijo (9)

Sagrario del Espíritu Santo (9)

- Madre del Redentor (1)
- Madre de Cristo (2)
- Madre del Hijo de Dios (14)
- Madre del Salvador (7)
- Madre del Señor (28)
- Madre del Emmanuel (28)
- Madre santísima de Dios (31)
- Madre de Jesús (20)
- Madre de su progenitor (10)
- Madre del Mesías (12)
- Madre del Hijo consustancial al Padre (38)
- Madre del Maestro amado (45)
- Madre de aquel Hijo al que Dios constituyó
primogénito entre muchos hermanos (44)
- Madre de todo el Pueblo de Dios (47)
- Madre y modelo de la Iglesia (36)
- Esposa y Madre de Dios (1)
- Madre llena de gracia (8)
- Madre predestinada (13)
- Madre del Mesías Rey (14)
- Virgen Madre (5)
- Virgen de Nazareth (8)
- Madre nodriza del divino Redentor (22)
- Santa Madre de Dios (24)
- Madre de Cristo y Madre de los hombres (23)
- María Virgen Madre de Dios según la carne
(31)
- Nuestra Madre en el orden de la gracia (22)
- Madre común que reza por la unidad de la fa-
milia de Dios (30)

Virgen Madre constantemente presente en el camino de la fe del Pueblo de Dios (35)

Nueva Eva (47)

Redimida de modo eminente (41)

Verdadera discípula de Cristo (41)

Amada en el Amado (8)

Hija de tu Hijo (10)

Preservada del pecado original (10)

Testigo singular del misterio de Jesús (26)

Testigo excepcional del misterio de Cristo (27)

Exordio de la Iglesia (1)

Peregrina de la fe (2)

Estrella del mar (6)

Bendita entre las mujeres (8)

Excelsa Hija de Sión (24)

Espejo donde se reflejan las maravillas de Dios (25)

Esclava del Señor (13)

La primera en creer (26)

Mediadora en su papel de Madre (21)

Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora (40)

Bendita por el fruto de su vientre (36)

Feliz por su fe (36)

Presente en la Iglesia como Madre de Cristo (47)

Primera entre los creyentes (28)

Presente en medio de la Iglesia peregrina (42)

Presente en el misterio de la Iglesia como modelo (44)

Entregada por su Hijo como Madre a la Iglesia
naciente (40)
Al servicio del misterio de la Encarnación (43)
La que guardó fielmente su unión con el Hijo
hasta la Cruz (41)
Virgen del Cenáculo (33)
La primera en participar de la nueva revela-
ción de Dios (36)
Envuelta por toda la realidad de la Comunión
de los Santos (41)
Modelo de la esperanza que no desengaña (42)
Toda pura y Madre de nuestro Dios (32)
Más venerable que los querubines (32)
Incomparablemente más gloriosa que los sera-
fines (32)
Toda Santa Madre de Dios (32)
Trono de Dios (33)
Camino que lleva a Cristo (33)
Signo de la presencia divina (33)
Icono de la gloria (33)
Protectora que extiende su mano sobre los
pueblos (33)
Misericordiosa Virgen de la ternura (33)
Imagen de la divina belleza (33)
Morada de la Sabiduría eterna (33)
Figura de la Orante (33)
Prototipo de la contemplación (33)
Primera discípula de su Hijo (20)
Señal de esperanza segura (11)
Presente en el misterio de la Iglesia (24)

- Mediadora de clemencia (41)
- Compañera singularmente generosa en la obra de la redención (38)
- La que se ha encontrado en el centro mismo de la plenitud de Cristo (36)
- En la que se realiza la promesa hecha a los padres (36)
- En la que converge toda la economía salvífica (36)
- La que proclama la venida del misterio de la salvación (36)
- La que proclama la venida del Mesías de los pobres (36)
- La imagen más perfecta de la libertad (36)
- Impregnada del espíritu de los pobres de Yavéh (37)
- La que debe vivir en el sufrimiento su obediencia de fe (16)
- La que ha creído que se cumplirían la cosas que le fueron dichas (17)
- La que diaria y constantemente está en contacto con el misterio inefable de Dios (17)
- Unida perfectamente a Cristo en su despojamiento (18)
- La que hace presente a los hombres el misterio de Cristo (19)
- Primera entre aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (20)
- Presente en el misterio de Cristo como Madre (24)

Presente en la misión y en la obra de la Iglesia
(28)
Asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial
(41)
Glorificada como Reina Universal (41)

APENDICE III

Fiestas de la Bienaventurada Virgen María en el calendario romano general

1 enero. María Santísima Madre de Dios (solemnidad)

Ya desde los tiempos más antiguos la Bienaventurada Virgen es venerada con el título de «Madre de Dios» (LG 66). Todas las iglesias hacen memoria cotidiana dirigiéndose a la Virgen en las oraciones eucarísticas con este título. Y es recordada así durante el año litúrgico, en particular en la solemnidad del Nacimiento del Señor.

En el oficio romano del primero de enero, que los más antiguos ejemplares del Antifonal de las misas designan con el título «Natale S. Mariae» (sec. VIII), encontramos numerosas oraciones, antífonas y responsorios en los cuales es glorificada la divina maternidad de la B. M. V.

La más antigua fiesta mariana era celebrada el 26 de diciembre, ya a lo largo del siglo V, en Bizancio como «memoria de la Madre de Dios». Todavía hoy en el rito bizantino y sirio (oriental y occidental) la «Madre de Dios» es recordada el 26 de diciembre; el 16 de enero, en el rito copto.

En el año 1968 Pablo VI instituyó, en el primer día del año, la jornada mundial de la paz.

2 febrero. Presentación del Señor (fiesta)

La primera conmemoración litúrgica está documentada en Jerusalén por el *Itinerarium* de Egeria (390 c.), que le otorga el nombre genérico de Cuadragésima de Epiphania, porque está fijada en el 14 de febrero, en dependencia de la Epifanía. Fue el Papa sirio Sergio I (687-701) el que la introdujo en Roma con el nombre de Hipapante el 2 de febrero, título que progresivamente se había impuesto en

todo el Oriente en relación con los cuarenta días después del nacimiento del Salvador. Hasta el siglo X los libros litúrgicos occidentales no transmiten referencia alguna a la purificación de María, título que en seguida fue atribuido a la fiesta.

En plena sintonía con las iglesias orientales, el «Codex rubricarum» del año 1960 declaró que la fiesta del 2 de febrero se debe celebrar como fiesta del Señor. El uso de las velas encendidas (candelaria) parece haber tenido orígenes diversos, incluso de naturaleza contingente: en Roma, la procesión del Foro Romano en Santa María la Mayor se celebra por la noche.

11 de febrero: Bienaventurada María Virgen de Lourdes (memoria facultativa)

La bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, como resultado de dieciocho manifestaciones (11 de febrero-16 de junio de 1858) a Bernardita Soubirous en la gruta de Massabielle, en los altos Pirineos, es honrada popularmente con el título «de Lourdes», lugar de las manifestaciones. La memoria fue introducida en el calendario romano por Pío X en el año 1907.

25 marzo: Anunciación del Señor (solemnidad)

De origen oriental, la solemnidad de la Anunciación es admitida en Roma, en el siglo VII, bajo el título de «Anunciación del Señor», como evidencia el Liber Pontificalis. Los ritos orientales y también el rito ambrosiano han considerado siempre esta memoria entre las solemnidades del Señor. Celebramos la Encarnación del Verbo con miras a la redención. La atención es fijada en Cristo, que al entrar en el mundo hace acto de obediencia al Padre; en María, que acogió al Verbo en la fe y con inefable amor lo llevó en su seno.

31 mayo: Visitación de la Bienaventurada Virgen María

Para obtener el final del cisma de Occidente, Urbano VI, en el año 1389, insertó en el calendario romano, el 2 de julio, la fiesta de la Visitación. Los franciscanos la celebraban ya en el mismo día del año 1263. El nuevo ordenamiento litúrgico la ha colocado en el puesto de la fiesta de María Reina, entre la solemnidad de la Anunciación del Señor y el Nacimiento de San Juan Bautista, más en consonancia con el relato evangélico.

Sábado después de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús: Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen María (memoria facultativa)

La devoción al Corazón de María se remonta al siglo XVII. La fiesta litúrgica fue instituida por Pío XII el 22 de agosto de 1944. En el nuevo calendario romano es celebrada como memoria facultativa el sábado después de la solemnidad del sagrado Corazón.

16 de julio: Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo (memoria facultativa)

El Carmelo es el monte en el que, según la tradición, fue fundada la Orden de los Carmelitas, dedicada a la contemplación, bajo el patrocinio de la Madre de Dios.

La memoria fue instituida por los mismos carmelitas entre los años 1376 y el 1386, y fue introducida en el calendario romano en el año 1726.

5 de agosto: Dedicación de la basílica de Santa María la Mayor (memoria facultativa)

El Papa Liberio (352-366) mandó construir

una basílica sobre el monte Esquilino, en Roma. En el «Martirilogium hieronimianum» aparece relacionada la dedicación de la basílica de Santa María el 5 de agosto, en tiempos del Papa Sixto III, después del Concilio de Efeeso (431), que definió la divina maternidad de María.

La leyenda de la fundación de la basílica de Santa María la Mayor divulgó, en el siglo XIII, esta memoria local, bajo el título de «Dedicación de la Bienaventurada Virgen María de las Nieves». La fiesta fue introducida en el calendario romano en el año 1568. La basílica de Santa María la Mayor es el más importante santuario mariano de Occidente.

15 de agosto: Asunción de la Bienaventurada Virgen María (solemnidad)

El 15 de agosto, ya en el siglo V, se hacía en Jerusalén la memoria de la Santa Madre de Dios. En el siglo VI, la solemnidad se difundió en todos los países del Oriente como «Dormitio sanctae Mariae», y con el mismo título fue admitida en Roma hacia la mitad del siglo VII, y finalmente, en el siglo VIII, fue celebrada como Asunción de la Bienaventurada Virgen María.

La definición dogmática de la asunción

corporal de María al cielo fue proclamada por Pío XII en el año 1950.

22 de agosto: Bienaventurada Virgen María Reina (memoria facultativa)

La fiesta de la Bienaventurada Virgen María Reina fue instituida por Pío XII en el año 1955, y la celebración, fijada el 31 de mayo.

La memoria de la Bienaventurada Virgen María bajo este título será celebrada el 22 de agosto, para que se exprese con mayor claridad la relación entre la realeza de la Santa Madre de Dios y su Asunción.

8 septiembre: Natividad de la Bienaventurada Virgen María

La fiesta del 8 de septiembre en honor de la Bienaventurada Virgen María tuvo origen en Jerusalén, como también la solemnidad del 15 de agosto. Se trata de la fiesta de la basílica conocida a finales del siglo V como basílica «Sanctae Mariae ubi nata est» y ahora conocida como basílica de Santa Ana.

En el siglo VII, en el rito bizantino en Roma, se celebra en este día la Natividad de la Bienaventurada Virgen. La fiesta es celebrada

también el 8 de septiembre en el rito sirio, mientras que lo es el 7 de septiembre en el rito copto.

En esta fiesta es englobada la memoria del nombre de María.

15 septiembre: Bienaventurada Virgen María Dolorosa (memoria)

La fiesta de la Bienaventurada Virgen María Dolorosa fue, en primer lugar, concedida a la Orden de los Siervos de María en el año 1667 e introducida en el calendario romano en el año 1814, fijada en el tercer domingo de septiembre. En el año 1913, la fecha de la fiesta fue fijada en el 15 de septiembre.

La coparticipación dolorosa de la Madre del Salvador en la obra de la salvación (Luc. 2,33-35) se manifiesta en la hora de la Cruz, cuando todo ha sido cumplido y Juan recibe de Jesús a su Madre (Juan 19,25-27).

7 de octubre: Bienaventurada Virgen María del Rosario (memoria)

La fiesta de la Bienaventurada Virgen María del Rosario, instituida en el año 1573 en acción de gracias por la victoria obtenida en

Lepanto, fue introducida en el calendario romano en el año 1716 fijada en el primer domingo de octubre. En el año 1913, la fecha de la fiesta quedó fijada en el 7 de octubre.

Por intercesión de María podemos participar en la vida, pasión-muerte y resurrección del Hijo.

21 noviembre: Presentación de la Bienaventurada Virgen María (memoria)

La fiesta de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María tiene su origen en la dedicación de la basílica de Santa María Nueva, que había sido edificada en Jerusalén, junto al templo (543). Aun cuando esta basílica fue destruida por los siglos, la fiesta de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María es celebrada en todo el Oriente; fue admitida en el calendario de la capilla papal en Avignon en el año 1373. La fiesta, suprimida por Pío V en el año 1568, fue de nuevo introducida en el calendario romano en el año 1585.

8 diciembre: Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María (solemnidad)

El primer testimonio de una fiesta de la «concepción de Santa Ana, madre de la Madre de Dios», que se celebraba en Bizancio el 9 de diciembre, es del compositor de himnos Andrés de Creta, muerto en el año 740.

La fiesta de la Concepción de la Bienaventurada Virgen María fue introducida en el calendario romano en el año 1476.

Después de la definición dogmática del año 1854 se convirtió en fiesta de la Inmaculada Concepción.

ÍNDICE

Prólogo	3
Presentación	7

INTRODUCCIÓN: LA MADRE DEL REDENTOR

1. Puerta del cielo	13
2. Madre del Verbo	16
3. Exordio de la Iglesia	20
4. Peregrina de la fe	23
5. Estrella de la mañana	27
6. Madre del Creador	31
7. Virgen fiel	35
8. Estrella del mar	39

I PARTE: MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

9. Llena de gracia	45
10. Madre de la divina gracia	48
11. Madre Inmaculada	53
12. Auxilio de los cristianos	57
13. Virgen poderosa	62
14. Madre admirable	66
15. Esclava del Señor	71
16. Madre de los creyentes	76

17. Virgen del camino	80
18. Madre amable	85
19. Madre del buen consejo.....	90
20. Virgen de la paz.....	94
21. Madre de la Iglesia	99

II PARTE: LA MADRE DE DIOS EN EL CENTRO DE LA IGLESIA PEREGRINA

22. Espejo de justicia	105
23. Reina de los apóstoles	108
24. Más que tú solo Dios	112
25. A Jesús por María.....	116
26. Casa de oro	120
27. Arca de la alianza	124
28. María, estrella de oriente	128
29. Vaso de honor	133
30. Vaso de insigne devoción	137
31. Torre de David	141

III PARTE: MEDIACIÓN MATERNA

32. Causa de nuestra alegría	147
33. Madre y Virgen.....	151
34. Esperanza nuestra	156
35. Madre asunta al cielo	160
36. Glorificada como Reina.....	164
37. Madre de misericordia.....	168
38. Nueva Eva	173
39. Madre dolorosa	177
40. Bendita entre las mujeres	181
41. Vestida de sol.....	186

EPÍLOGO	
APÉNDICE I: Oración para el Año Mariano .	192
APÉNDICE II: Advocaciones de la Virgen sacadas del texto de la encíclica «Redemptoris Mater»	194
APÉNDICE III: Fiestas de la Bienaventurada Virgen María en el calendario romano general	199